CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

MUESTRA MI CORAZÓN HERIDO

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=0upL2TzyBqk

Muestra mi corazón herido,este es el título de mi reflexión, y no solo el título de esta reflexión, sino el título de nuestro encuentro de este año, porque estamos celebrando el centenario de las apariciones de la Virgen María en Pontevedra, a Sor Lucía, que tuvieron lugar el año 1925 - 1926 cuando Sor Lucía estaba con las Doroteas.

Eso fue como ocho o nueve años después de las apariciones de Fátima.

Ya Francisco y Jacinta habían fallecido, que murieron pronto, y solo quedaba Sor Lucía.

Y allí ella escuchó de la Virgen la palabra que le decía: "Mira, hija, mi corazón rodeado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente. Al menos tú procura consolarme". Entonces es como si la Virgen le hubiese dicho a Lucía, que mostrase al mundo su corazón herido.

Voy a desarrollar esta reflexión. Hablar del corazón herido de María, echándole un poco de imaginación, se me ha ocurrido comenzar con una comparación, un ejemplo.

La comparación que hay entre el sudario de Oviedo y la Sábana Santa de Turín. Las heridas del sudario de Oviedo coinciden en ubicación, forma y tipo con las heridas de la cabeza reflejadas en la Sábana Santa de Turín. Muchos investigadores han determinado que ambas telas cubrieron el mismo rostro, aquel rostro de un hombre que sufrió torturas y la corona de espinas. Es decir, se superponen una a otra y coinciden, esa Sábana Santa cubrió el mismo cuerpo que el sudario de Oviedo.

Pues bien, pongo ese ejemplo. Lo mismo pasa con los corazones de Jesús y de María. Las heridas del corazón de María corresponden a las heridas del corazón de Jesús, y las heridas del corazón de Jesús coinciden con la herida de amor de Dios Padre.

Es decir, a Cristo, a María, le hace sufrir lo que le hace sufrir al corazón de Cristo. Y al corazón de Cristo le hace sufrir lo que ofende al Padre. Se superponen una encima de otro y coinciden plenamente.

Con lo cual, cuando dice “muestra mi corazón herido”, mostrar el corazón inmaculado de María herido, es mostrar el corazón de Jesús y es mostrar el amor de Dios Padre herido por nuestros pecados.

Entonces, voy a empezar por hacer una aclaración, porque hoy en día no se puede dar nada por supuesto; según voy comprobando, las cosas hay que explicarlas en su fundamento.

Porque resulta que te encuentras personas que te dicen: "Pero, ¿cómo herido? ¿Qué le va a herir a Dios nada o qué? ¿A Dios qué le importa? ¿A Dios qué le va afectar lo que pase a la vida del hombre?". Incluso te encuentras también con una teología - que gracias a Dios cada vez tiene menos presencia, pero todavía existen algunos resquicios de mayo del 68 - que vienen a decir: "¿qué eso de que a Dios le ofende? ¿A Dios le ofenden nuestros pecados?", pero, ¿qué imagen esa, tan caduca?. Eso no se puede mantener hoy en día.

No se da cuenta quién dice eso (por querer resultar "guay") -que a Dios qué le va a ofender lo que yo le haga - en el fondo lo que está haciendo es una imagen de Dios al que yo no le importo. Por no decir que a Dios le ofendemos, resulta que al final a Dios no le importamos.

Mi vida: ¿es Dios es indiferente a lo que me ocurra? por querer negar que mis pecados ofenden a Dios, al final hacemos una imagen de Dios insensible a lo que le pase al hombre.

Recientemente, en el podcast de Sexto Continente, le di respuesta a un teólogo de estos - que como digo, gracias a que quedan pocos, pero algunos hay - un tal Eduardo Arens. Este hombre ridiculizaba la expresión de que el pecado ofende a Dios. Comencemos por hacer una precisión.

A Dios le ofende lo que le daña al hombre. ¿Qué le ofende a Dios? Lo que daña al hombre. Esto es clave para entender qué es el pecado, qué es la ley moral y cómo nos ama Dios.

Dios no se ofende por susceptibilidad, se ofende por amor. Es decir, Dios no tiene un amor propio herido. Dios no tiene un amor propio herido. Dios no es caprichoso. No, no, no es un caprichoso u ofendido al que haya que apaciguar.

Cuando la Sagrada Escritura habla de que el pecado ofende a Dios, nos está describiendo una reacción emotiva, emotiva divina, no sin una, sino una realidad objetiva.

El pecado destruye la obra que Dios ama y Dios ama al hombre.

Y claro, a Dios le duele, obviamente, que el pecado destruya lo que él más ama, que es al hombre. Dios se toma en serio al hombre. Dios nos toma en serio, no en serie, nos toma en serio, hasta el punto de que todo lo que nos degrada le ofende, todo lo que nos esclaviza le duele.

El pecado no es romper con una norma, el pecado es autodestruirse y esto cambia completamente la comprensión moral. El pecado no es solo hacer algo que a Dios no le

gusta, por supuesto que no le gusta, pero es que el pecado es también hacer algo que te rompe a ti por dentro. Cada pecado es una forma de autodesprecio.

Por eso la ley de Dios no es un conjunto de prohibiciones arbitrarias, sino el manual de funcionamiento del alma del hombre. Eso es la ley de Dios: manual de funcionamiento del alma del hombre.

Dios prohíbe lo que nos daña. Dios manda lo que nos plenifica y lo que nos santifica.

Por ejemplo, Dios prohíbe el odio, la lujuria, la injusticia y nos manda amar, perdonar, vivir en pureza.

Es como un padre que ve a su hijo drogarse. Lo que le duele no es que meramente le esté desobedeciendo, lo que le duele al Padre es que se está destruyendo.

Esto es exactamente la ofensa a Dios.

La ofensa de Dios y el drama de la cruz de Cristo son muy importantes. Son muy importantes, porque nos revelan la gravedad del pecado.

Posiblemente si la Sagrada Escritura no dijese explícitamente: "A Dios le ofende tu pecado. Estás ofendiendo a Dios". Si la Sagrada Escritura no hubiese hecho algo tan dramático, si en ella no percibiésemos que Dios ha hecho algo tan dramático para rescatarnos, como es que el Padre envía a su hijo a la cruz por nuestra redención, no terminaríamos de descubrir la gravedad del pecado.

Y es que lo que ocurre, es que el hombre puede ser ciego a su autodestrucción, que te estás autodestruyendo y no te estás enterando.

Por ejemplo, el hijo pródigo, cuando se va de la casa del padre, se empezó autodestruir desde el primer momento, pero no se dio cuenta hasta que lo perdió todo y tocó fondo. Se dio cuenta de que se estaba destruyendo al final. Se estaba autodestruyendo desde el primer momento, desde que dijo, "Me voy de aquí," pero no lo percibía, era ciego.

Por eso es tan importante que la Sagrada Escritura si utilice la imagen: “a Dios le duele, Dios se ofende”.

Y que veamos la gravedad del pecado en la cruz. En la cruz, Dios muestra la gravedad del pecado.

Eso que haces al pecar, eso es lo que te está matando. Es lo que a mí también me duele. Eso que a ti te mata es lo que a mí me duele, nos dice Dios. Yo entrego mi vida por tu redención, nos dice Jesús, y en reparación del corazón del Padre ofendido.

Dios sufre en ti lo que tú no adviertes.

Se toma más en serio Él tu bien que nosotros mismos. Y es que a veces puede ocurrir que un hijo decida dejar la droga - por seguir con el ejemplo del drogadicto - al ver que

le está haciendo un daño inmenso a su madre: “Estoy destrozando a mi madre, voy a dejar la droga”.

Fíjate, no lo hace porque se está autodestruyendo él - entre otras cosas, porque para eso hay que amarse a sí mismo, y quizás ese chico no se ama a sí mismo, pero a su madre sí le ama -. Entonces, por amor a su madre dice: "Tengo que dejar la droga, la estoy destruyendo". Debería de haberse dado cuenta que se estaba autodestruyendo él, pero es ciego, no percibe eso. No le duele que se esté autodestruyendo. No se quiere a sí mismo, pero a su madre la quiere.

Algo así nos pasa a nosotros, mutatis, mutandis, como se dice en latín. A la hora de ver qué es lo que nos motiva, para romper con nuestro pecado.

Aunque nosotros no nos queremos correctamente a nosotros mismos, nos dejamos interpelar por el sufrimiento que provocamos al corazón de Jesús, que tanto nos ama.

El camino del dolor de atricción sería: no debo de pecar para no autodestruirme. Ese es el dolor de atricción.

Y el camino de la contricción sería: no tengo que pecar porque Dios no se merece mi autodesprecio. Dios me ama. Si Dios me ama, yo también me amo a mí mismo. Dios no hace basura. Yo tengo que aprender a quererme a mí mismo puesto que Dios me quiere.

Yo tengo que rechazar el pecado porque Dios no quiere que me haga daño a mí mismo, sino que aprenda amarme como él me ama. Este es el dolor de contricción.

Y esto tiene como un proceso en la toma de conciencia. Al principio uno dice: "Me duele el pecado porque está mal, está prohibido". Esto va contra el sexto. A veces uno piensa en el pecado como ¿ esto qué ley está infringiendo? ¿Se puede hacer esto sin pecar? A veces se hacen preguntas así como si fuese infligir una norma. Es el primer paso. Me duele el pecado porque está prohibido.

Pero más adelante, uno se da cuenta: me duele porque me destruye, porque va contra la obra que Dios ha hecho en mí.

Y en la madurez uno ya dice: "Me duele porque hiere al corazón de Cristo, aquel que me está diciendo: ¿qué más puedo hacer por ti?"

Por eso el título de esta reflexión muestra mi corazón herido. Digo que no se puede dar nada, por supuesto. Es que es importante explicar qué es eso del corazón herido. ¿En qué sentido nosotros herimos el corazón de Jesús o el corazón inmaculado de María?, que como os he dicho son como el sudario de Oviedo y en la Sábana Santa que coinciden las heridas del corazón de María y el de Jesús. No es que sean heridas distintas, son la misma. Son la misma. Pues bien, este es el punto en el que estaba María. El corazón inmaculado de María comparte los mismos sentimientos que el corazón de Cristo.

Sufre por lo que le hace sufrir a Cristo y se alegra por lo que le hace alegrarse a Cristo.

Fijaos bien, éste es un ideal de todos nosotros. Alguien va camino de santidad cuando en esta vida sufre por lo que le hace sufrir a Dios y se alegra por lo que le hace alegrarse a Dios.

Pero si os fijáis, por cuántas tonterías sufrimos, que a Dios le parecen bastante secundarias y tú sufres mucho por cosas que a Dios le parecen secundarias. Y por qué tonterías nos alegramos que Dios dice: "No sé si te conviene esa tontería".

Sufrir con lo que le hace sufrir a Dios y alegrarse con lo que le alegra el corazón de Dios. O sea, estar en sintonía, que al igual que el sudario de Oviedo coincide con la Sábana Santa, también tú en tus sufrimientos y alegrías coincidas. Ése es nuestro objetivo.

La Virgen escuchó del anciano Simeón: "Y a ti misma una espada te atravesará el corazón". Esa espada no solo es el dolor de ver sufrir a su hijo. Esa espada es el dolor de sufrir por lo mismo que a su hijo le hace sufrir el pecado del mundo.

Esa espada que traspasará el corazón es el pecado del mundo hace sufrir al corazón inmaculado de María.

Por eso le dice a Sor Lucía: "Muestra mi corazón herido".

Si hemos partido de este principio teológico de que a Dios le ofende lo que daña al hombre, tenemos que hacernos la pregunta sobre qué es aquello que más le está dañando al hombre de hoy.

O dicho de otra forma, ¿qué es lo que más le está doliendo al corazón de María? . Lo pregunto de otra manera, ¿qué es lo que más daño nos está haciendo a nosotros? Y esa radiografía, yo creo que es conveniente que nos la hagamos.

Muestra mi corazón herido.

Voy a pegarle un giro a esta charla y después de que hayamos hablado un poco de lo que es la ofensa a Dios, le doy un giro, le doy una vuelta de tuerca y ahora paso un poco de la explicación teológica a la moral.

¿Qué es lo que más le hace sufrir al corazón inmaculado de María? o ¿qué es lo que más hoy en día nos está destruyendo?.

Voy a hablar de seis cosas en concreto, seis grandes heridas contemporáneas ordenadas por categorías.

La primera, todo lo que podríamos llamar las heridas afectivas que nos impiden amar. Un gran sufrimiento, un gran sufrimiento para nosotros es el no saber amar. El no saber amar. Escuché en una ocasión, en una predicación a Kiko Argüello decir esta expresión. El hombre solo sufre en realidad por una cosa, por no saber amar como ama Cristo. Es

el motivo último de nuestro sufrimiento. Es el drama del narcisismo, del egocentrismo, de la falta de autoestima, del desprecio de nosotros mismos. De la incapacidad de amar a un tú distinto de mi yo. Eso es un gran un gran sufrimiento. Un gran sufrimiento.

Muchas veces no se sabe amar y como no se sabe amar se intenta poseer a las personas. Se confunde amar con utilizar, amar con poseer. Se mendiga afectividad. Cuántas personas hay que mendigan afectividad. Por ejemplo los jóvenes que no saben estar sin una pareja. Si rompo con alguien tengo que tener otro inmediatamente porque tengo que mendigar una afectividad. En el fondo no saben amar. Tienen una gran carencia de amor. Pero hay personas que, incluso en ese sufrimiento por no saber amar, resultan tan posesivas que espantan. Espantan, al no saber amar.

El no saber amar parte de no haber escuchado el gran anuncio de que existimos porque hemos sido amados. Nuestra existencia se explica porque nosotros hemos nacido de una decisión libre de amor.

Dios nos creó libremente por amor. Nuestra dignidad es infinita, porque infinito es el amor que nos dio a luz.

Fijaos, hay un documento de la Iglesia: “Dignitas infinita” que publicó la Santa Sede hace mucho tiempo.Y algunas personas discutieron el título: ”dignitas infinita”. El hombre no tiene una dignidad infinita, solo Dios. La palabra infinito no se le puede aplicar al hombre, solamente se le puede aplicar a Dios. Decir “dignitas infinitas” ¿no es un poco herético? Claro que nuestra naturaleza es finita y no infinita, pero es infinito el amor de Dios que nos dio a luz.

Por tanto, cuando olvidamos que hemos nacido del amor de Dios y que nuestra vocación es amar, damos muchos tumbos y a la hora de intentar compensar la falta de amor, degeneramos completamente.

El hombre degenera cuando intenta sustituir, con sucedáneos, esa vocación al amor por la que ha sido creado. Ésta es una de las patologías - entre todas las que voy a desarrollar - quizás ésta está en el fondo de todas: las heridas afectivas que nos incapacitan para amar.

Segundo lugar, los desórdenes que se convierten en esclavitudes.

Estamos en un tiempo en el que nunca como hoy habíamos sido tan testigos de la cantidad de esclavitudes que se generan en nosotros por esa búsqueda de compensaciones. Búsqueda de compensaciones: no vives la plenitud del amor, entonces uno busca sucedáneos, busca compensaciones: el alcohol, el juego.

Que por cierto, estoy alucinado porque cuando hago visitas pastorales voy con el coche, entro en los pueblos de toda la diócesis y veo que en las calles principales, en las esquinas - que se supone que comercialmente son más valiosas - en todas están abriendo salas de juego, salas de juego, salas de juego. Es increíble la proliferación de salas de juego; las adicciones digitales, la pornografía convertida en una adicción, las

drogas. Nunca habíamos hablado tanto de libertad y nunca habíamos sido tan esclavos y adictos.

Esto es una paradoja, pero es así, tenemos que abrir los ojos a esta realidad. Cuando no amamos, enseguida vienen las esclavitudes a intentar ocupar ese puesto, porque buscamos compensaciones.

Buscamos compensaciones y sobre todo, todas las adicciones que se están generando a través de la utilización de las nuevas tecnologías que, como le escuché decir al padre Mendizábal: las nuevas tecnologías son un buen siervo, pero un malísimo señor. Y es obvio que eso es así, un buen siervo, pero un malísimo señor.

Estoy haciendo la visita de la diócesis a la escuela católica. Cada semana visito un colegio. También es una experiencia preciosa. Voy por el 48, que no está mal, pero todavía me quedan por delante más colegios.

Le dedico una semana al colegio. Y un tema que no perdono - que me hecho un cruzado con el tema de las adicciones de la tecnología - porque recuerdo que en un colegio que fui al principio, llego allí y me dice una chavala, una niña de primaria: "Ay, qué pena porque mi amiga (el pupitre de al lado estaba libre) tenía mucha ilusión porque usted venía, pero se ha quedado dormida. ¿Se ha quedado dormida? Sí, es que se quedó hasta las 2:30 con el TikTok", me dice.

¿Y tú cómo sabes eso? Dice, "Porque yo lo puedo mirar desde el mío". ¡Madre mía!. Y me dice la profesora: " usted no sabe lo que pasa aquí. Aquí un tenemos un problemón, la gente viene con la cara de no haber dormido toda la noche.

Y entonces yo una cruzada, que me atrevo a hacer cuando estoy con ellos, les digo: "Vamos a atrevernos".

Porque si hoy en día algo son los chavales son transparentes; con estas nuevas generaciones les puedes hablar directamente al grano, sin tonterías, sin anestesia, que no pasa nada. En eso hemos mejorado muchísimo; las nuevas generaciones de prevenciones ideológicas ¡cero!. Están superabiertos, superabiertos a lo que les digas. Otra cosa es que sean superfágiles, superfágiles, por supuesto, frágiles a tope, pero abiertos a la verdad que ellos quieren escuchar sin tonterías, a tope.

Entonces les dices: "A ver, que levanten la mano los que se van por la noche a la cama haciendo "vamping". Con el móvil en la en la cara allí con la con la luz apagada. Y tú te metes en la cama con el móvil hasta que me quedo dormido. Que levanten la mano y allí levantan la mano. Y me acuerdo que en un colegio, recientemente, todos levantan la mano y uno no levanta la mano y le dice el otro: "¿Y tú qué?" dice: "Es que a mí me lo quitan", dice.

¿Tú sabes qué es eso? ¿Tú sabes qué supone que concluyamos el día con un móvil en el que estoy allí? Vídeo de TikTok, siguiente chorrada, siguiente. Tú sabes qué supone eso que al final nos metemos en la pornografía sí o sí. ¿Tú sabes qué supone eso?, ¿el

vivir en la frivolidad? Que tu día, que tu jornada, en vez de concluirla en Dios y arropado por Él, poniendo el día que hemos vivido en manos de Dios, que eso supone muchísimo.

Me pasó que en Sexto Continente hablé de esto en una oportunidad; habíamos tenido un cursillo en el obispado, yo dije, bueno, ya tengo el programa hecho, y esto lo suelto en el programa del lunes.Y allí en el programa, solté todo lo que había escuchado en el curso y una madre que estaba escuchando el programa, ella fue tomando apuntes diciendo, éste es mi hijo. Este es mi hijo". Tomando apuntes.

Y por la noche, cuando ya se habían acostado, dice, voy a ir a hablar con mi hijo. Fue al cuarto de su hijo y en efecto se lo encontró allí haciendo el “vamping”, con el móvil.

Y entonces ella, todo lo que había escuchado en el programa se lo soltó; una cosa y la otra y la otra y la otra y la otra. El chaval se debió de rebotar. Le faltó al respeto a su madre, le dijo una burrada, y la madre, un poco triste, llorando, se fue a su cuarto. El caso es que el chaval, que tenía buen corazón, al cabo de un rato dice, pues le he faltado el respeto a mi madre, se arrepiente, y se levanta a pedirle perdón a su madre. Fue al cuarto a pedirle perdón y ¿qué se encontró a su madre haciendo vampiro?. A su madre haciendo “vamping”.

Me lo contaba la madre, porque me escribió un correo a Sexto Continente, contándome lo que había pasado y me dice: "Y me he quedado hecha polvo". Cuando de repente ha dicho, " es verdad ¡si yo también lo hago! y no me había dado cuenta”. Entonces es tan fácil que seamos esclavos de todas las adicciones sin darnos cuenta.

Es tan fácil verlas en los demás y no observarlas hacia nosotros mismos.

Dios nos quiere libres con la libertad de los hijos de Dios. Y la libertad interior es una gran batalla y esa batalla hay que darla. ¿Cuáles son mis esclavitudes? Al corazón inmaculado de María le duelen nuestras esclavitudes. Nos quiere ver libres con la libertad de los hijos de Dios.

Y cada uno tiene que tomarse en serio esta batalla; tomarse en serio la batalla por la libertad interior.

Tercera herida: el consumismo materialista y el hedonismo frívolo;

El consumismo, estamos en una cultura que jamás como hoy en día el consumismo ha llegado a tener la omnipresencia. Nos maleduca, porque cualquier incomodidad te la evitas comprando algo. Es así. No tenemos capacidad de austeridad.

Enseguida en cuanto necesito algo, me compro algo o me tomo una pastilla. Nos hacemos unos blandos, porque el consumismo está continuamente intentando compensar la insatisfacción. Nos acostumbra el consumismo a satisfacer los deseos de manera inmediata.

Además, hoy en día, como puedes comprar las cosas por el móvil, por Amazon, la gente compra, por impulsos sin necesidad ninguna. Ninguna.

Amazon ha venido a explotar la ansiedad de la gente. Se hacen ricos con la ansiedad del mundo. Todo lo reducimos a la utilidad, lo inmediato. Olvidándonos de la austeridad, de la renuncia. Incluso estamos llenos de temores a perder la riqueza, temores a perder la comodidad. Nos incapacita. El materialismo nos incapacita para descubrir nuestra vocación a dar la vida.

A dar la vida. Nosotros hemos sido creados por Dios con una vocación. Con una vocación.

Dios tiene un proyecto para cada uno de nosotros, un proyecto de fecundidad. Quiere hacernos fecundos. Ha pensado en ti para llegar a muchas personas para transformar el mundo.

Y el demonio se encarga de que ese deseo de plenitud esté como a un perrito que le das comida en el plato y ya no sale a cazar. El materialismo nos está manteniendo ocupados, en vez de tener deseos de plenitud, en vez de cultivar la vocación que Dios ha dado en nosotros para transformar el mundo.

El materialismo nos hace mirar hacia abajo, en vez de mirar hacia arriba y mirar al horizonte. El materialismo te lleva a mirar siempre un metro y medio por delante en vez de mirar al horizonte lo que Dios espera de ti.

Y ahora, ¿qué voy a comprar? Voy a comprar lo otro. Voy a comprar este iPhone, voy a comprar lo otro. El materialismo es como si tuvieses unas orejeras, como los burritos, que les ponen unas orejeras y únicamente ven unos metros alrededor suyo. El burrito con las orejeras puestas, no ve el horizonte. Ese es el materialismo, que nos lleva a olvidarnos de los horizontes de nuestra vida y a sentirnos ya atrapados con lo inmediato.

Cuarta herida.

Las rupturas de la comunión. Los odios, las indiferencias entre nosotros. La complicidad con las injusticias del mundo; la violencia, el olvido de la fraternidad, eso obviamente hace sufrir inmensamente al corazón inmaculado de María. Es como una madre, que no hay cosa que más le haga sufrir a una madre que ver a sus hijos malavenidos.

Una madre que vea que sus hijos no son capaces de sentarse en una mesa y de gozar y de disfrutar, es una madre sufriente. Es una madre sufriente.

Las rupturas de la comunión entre nosotros duelen, hacen sufrir inmensamente al corazón inmaculado de María. El olvido de la fraternidad universal.

También fijaos, sin duda alguna, detrás de esta falta de comunión se esconde ese narcisismo que he dicho al principio, el pensar solamente en uno mismo. Aquel que decía: "En este mundo todo el mundo va a lo suyo, menos yo que voy a lo mío", eso es

verdad. Detrás de eso, en el fondo, se esconde el narcisismo que nos impide utilizar la primera persona del plural, el nosotros.

Pero si os fijáis, Jesús formó a sus apóstoles formando una familia entre ellos.

Eran los 12, no eran 12, eran LOS 12, que es distinto. O sea, los 12 es otra cosa. Formaban una comunión, formaban una familia.

¿Te has fijado en que Jesús nos enseñó a rezar el Padre nuestro y no el Padre mío?, y que no dice: "Dame, ¡no! Dice: "Danos" . No: " perdóname", sino "perdónanos".

¿Te has fijado que Jesús, el Padre Nuestro, nos lo enseñó en la primera persona del plural? Eso ¿qué quiere decir?, quiere decir que somos una gran familia y que estamos llamados a descubrir el vínculo de comunión que Dios ha sembrado entre nosotros.

La existencia de filias, fobias, simpatías, antipatías. Éste me cae bien, éste me cae mal, éste es mi enemigo, éste no lo aguanto. Todo eso es un triunfo del demonio, es un triunfo del "diabolo" , que es el que divide, que eso es lo que significa etimológicamente la palabra el que divide, el que divide.

Y una gran herida es la falta de comunión entre nosotros. Una falta de comunión que el demonio es capaz de llevarla hasta hacer barbaridades como están ocurriendo en el mundo, las guerras, que es algo terrible, terrible. Hasta ahí se puede llegar, por ejemplo, lo que está ocurriendo en Ucrania, la guerra de Ucrania es una guerra entre dos pueblos de la misma fe, la fe cristiana y ortodoxa.

Pero, ¿qué fracaso es ése de que dos pueblos que tienen la misma fe se maten entre ellos? ¿Esa fe era de adorno? o ¿qué era eso? Obviamente pasan cosas que dejan patente el fracaso de la evangelización, que era epidérmica, pero no había penetrado en nosotros, no había penetrado. Resulta que nos configura mucho más el nacionalismo que la fe. O sea, marca más mi identidad la extensión de mi nación, que la cultura cristiana que lo ha dado a luz, un auténtico fracaso, un fracaso completo.

Tú has rezado el Padre Nuestro y no te has enterado nunca de nada. Pero, ¿qué Padre Nuestros has rezado tú? Por lo tanto, tenemos que estar atentos, a esta cuarta herida, que es la herida contra la comunión. La herida que nos lleva a ver enemigos en todos los lados. Tenemos una tendencia a ver enemigos en todos los lados.

Solamente es la visión y el corazón de Dios el que nos debe de hacer cambiar la perspectiva del mundo. Nosotros tenemos que ver hermanos y tenemos que ver posibilidades de fraternidad y nos tiene que hacer sufrir lo que pasa en el mundo.

Recientemente, con la campaña contra el hambre, escribí una carta diciendo, "hay 345 millones de personas que diariamente se van a la cama habiendo comido únicamente una vez al día." Yo no puedo construir mi felicidad de espaldas a eso, ¿me explico? Yo no puedo decir, "Bueno, pero yo a lo mío". Un momento, yo no puedo descansar por la

noche sin pensar en eso, haciendo “vamping”. El demonio va sembrando la ruptura de la comunión entre nosotros, de manera que no nos importe lo que pase a los demás.

Y sin embargo, Jesús quiere que tengamos esta conciencia viva de fraternidad universal.

¿Quién llora sin que yo no llore con él? ¿Quién sufre sin que yo no sufra con él? ¿Quién ríe sin que yo no ría con él? Tenemos que tener la capacidad de compartir la comunión con los sufrimientos y las alegrías del mundo.

Quinta herida. La quinta herida es la que hace referencia a las ideologías que desfiguran la verdad del hombre.

Ideologías, las antropológicas, todo lo que está ligado a la teoría de “gender” género, LGTB; las ideologías marxistas que hablan de las luchas de clase, las ideologías liberales, que piensan que el mercado salvará al mundo; las ideologías nacionalistas, que piensan que la patria está por encima de todo, las ideologías globalistas En el fondo, todas esas ideologías son falsas.

Lo importante es que respondamos frente a las ideologías desde la formación en nosotros de un criterio de ver y discernir el mundo desde los ojos de Dios.

Lo propio de un cristiano es que, empapado de la Sagrada Escritura y del magisterio de la Iglesia, vaya forjando un pensamiento recto que procure el bien común, el respeto del orden creado y vaya teniendo capacidad de discernir lo que es recto, lo que es conforme al designio de Dios.

Capacidad de discernimiento sin que las ideologías nos condicionen.

Y tenemos que estar súper alerta, porque el que esté libre de riesgo de tener ideologías que levante la mano. Yo a veces cuando he hablado con fuerza de esto en la radio, alguno que le escuece me dice: "¿y usted no tiene ideologías?” Por supuesto que yo tengo también que purificarme de posibles infiltraciones - que a veces uno cuando predica la palabra de Dios y cuando predica el magisterio de la iglesia y cuando discierne desde la doctrina social de la iglesia - es posible que también las ideologías se infiltren. Pero estoy alerta y procuro estar alerta frente a ello. Procuro estar alerta.

Tenemos que tener cuidado de que nuestra visión, la lectura de la realidad que yo hago, no esté condicionada por las ideologías, sino que sea el pensamiento cristiano, la revelación de Dios, la que me permita hacer una lectura de cómo ve Dios el mundo, cómo ve Dios la realidad.

Y por eso es importantísima, la formación.

Formarnos. Tener un conocimiento profundo del Catecismo de la Iglesia Católica y un conocimiento profundo de la doctrina social de la Iglesia, porque el mundo está lleno de conflictos y de líos y jamás habíamos visto al mundo tan polarizado como lo vemos hoy en día.

No puede ser que yo esté diciendo: "¿Y tú de qué bando estás? ¿Cómo que de qué bando estoy?" A la hora de ver un lío, por ejemplo, el lío de Gaza, ¿tú de qué bando estás? Tenemos que pedir la gracia de que no sean las ideologías las que nos configuren. ¿Cómo ve Dios esto? ¿Qué pensará Dios de esta situación? Esa pregunta nos la tenemos que hacer y tenemos que aprender a pensar y a discernir en esa clave. Porque esta polarización que hay en el mundo, que se está volviendo un poco tarumba, las cosas que están pasando son bastante gordas. A nivel internacional y a nivel nacional.

Que Dios nos dé la capacidad crítica desde la perspectiva cristiana. No somos esclavos de ideologías. Y es muy triste ver que hay cristianos, que lo de ser cristiano es algo de adorno, porque lo que les configura es la ideología. Son cristianos que están profundamente ideologizados y luego tienen un adorno de ser cristiano.

Nosotros tiene que ser al revés. Lo constitutivo en nuestra vida tiene que ser la identidad cristiana, no las ideologías.

Y por último, la sexta herida: el orgullo y la autosuficiencia, que fue la que dio a luz, el pecado original, que es la que dio a luz el rechazo de la fe.

La tendencia a situarnos a nosotros en el centro de la cosmovisión de la vida.

La modernidad se caracterizó por esta soberbia, de pretender ser como Dios, el Prometeo que aspira a robar el fuego de Zeus.

Luego viene la postmodernidad y cambia el panorama completamente y en vez de ser el mito de Prometeo, es más bien el de Narciso; es el narcisismo que estamos mirándonos a nosotros mismos.

Pero hay algo que - aunque parecen dos cosas completamente distintas - hay algo que une a los dos, a la modernidad de Prometeo y a la posmodernidad de Narciso.

¿Qué es lo que les une a los dos? El yo, el yo, el yo en dos versiones distintas, es el yo: el situarnos a nosotros mismos en el centro de la cosmovisión de la vida, pretender ser tú el centro de la vida.

Nosotros somos teocéntricos, no somos antropocéntricos, somos teocéntricos. Partimos de que tenemos que hacer un giro copernicano. El giro copernicano , que en verdad es costoso, es que mi ego deje de ser el centro de la vida, que yo aprenda a poner a Jesús en el centro de mi vida y poniéndole a Jesús en el centro de mi vida, que ponga al prójimo, al prójimo en Jesús.

Y eso supone una llamada a la conversión. Una llamada a la conversión. Y es vivir la verdad de Dios. Vivir la verdad de Dios.

Lo contrario sería vivir como huérfanos teniendo padre. Vivir aquí como huérfanos cuando resulta que tenemos padre.

Dios es mi padre. Qué feliz soy. Soy hijo suyo. Soy hijo de Dios. Y por lo tanto, tenemos que tener esa visión cristocéntrica, poner a Dios en el centro de nuestra vida, teniendo una verdadera resistencia a la tendencia secularizante de la sociedad. Esa tendencia secularizante es la que, poco a poco, va organizando la vida como si Dios no existiese. Dios es un adorno, un adorno al cual voy yo, la iglesia. Pero la vida se organiza como si Dios no existiese. Dios lo funda todo. Dios está en el centro de la vida. Frente a esa tendencia de la secularización, de la autosuficiencia del hombre, tenemos nosotros que descubrir la presencia de Dios en todo. Dios está presente y fundando. Todo se funda en Dios. En Dios se funda. En él vivimos, nos movemos y existimos.

Tener una profunda religiosidad que no sea de adorno. Vivir la presencia de Dios. Que mi vida sea un vivir en su presencia, que no sea de vez en cuando ir a hacer oraciones - hay unas oraciones que me gustan mucho, que hacemos en la parroquia los jueves por la noche - Tú estás llamado a vivir en la presencia de Dios. A vivir en su presencia. Luego irás el jueves a la noche de salvación precisamente para compartir y para alimentar esa presencia en la que vives diariamente.

Nuestra meta es vivir en la presencia de Dios, no hacer ratitos de oración y no ir a veces a Fátima. Vivir en la presencia de Dios. Lo contrario es una vida secularizada que nos va fagocitando poco a poco sin que nos demos cuenta.

Estas seis me ha parecido: "Muestra mi corazón herido".

¿Y cuáles son esas heridas que le hacen sufrir especialmente el corazón inmaculado de María, que son las que nos autodestruyen a nosotros? Estas seis, que son muy de nuestro tiempo, muy actuales. Y tenemos que pedir la gracia verdaderamente - contemplando el corazón inmaculado de María y contemplando el corazón de Jesús - de poder sanar estas heridas.

Porque, si a Dios le ofende el pecado del hombre, le alegra en la misma medida y en una medida superior el deseo del hombre de santidad.

Sería injusto que nos centrásemos meramente lo que a Dios le ofende el pecado del hombre y ¿lo que a Dios le alegra, las alegrías que se lleva Dios con la vida de santidad?.

¿Tú sabes las alegrías que le das a Dios cuando te confiesas? ¿Tú sabes las alegrías que le das a Dios cuando tomas el rumbo de tu vida, tomas el timón y quieres fundar tu vida en Cristo?. ¿Tú sabes cuál es la sonrisa del Corazón Inmaculado de María? Pues es proporcional al sufrimiento, que le generamos en la ofensa.

Por eso ayer, a Ella le pedimos que sea reina de nuestra vida y de nuestros corazones.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.